

tendencia editorial UR

Editorial Universidad del Rosario

Bogotá, Colombia • 2019

Nº 15

ISSN 2382-3135

EDITORIAL

AL ENCUENTRO CON

Book Breaking and Book Mending

Douglas Hunter

ACTUALIDAD

La edición de libros académicos en acceso abierto en Iberoamérica

Elea Giménez-Toledo

ESPECIAL

El libro universitario y sus lectores: comunicación improbable

José Luis Arriaga Ornelas y Georgina María Arredondo Ayala

¿Qué sería de los libros sin sus lectores?

Luis Bernardo Peña Borrero

La lectura académica en el ámbito universitario del siglo XXI

Santiago Yubero y Elisa Larrañaga

Lectura: hacia un lector con intención

Juan Felipe Córdoba-Restrepo



Universidad del
Rosario

365 años

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

ABRIL-MAYO DE 2019

RECTOR

José Alejandro Cheyne García

VICERRECTORA

Stéphanie Lavaux

SÍNDICO

Miguel Francisco Diago Arbeláez

SECRETARIA GENERAL

Catalina Lleras Figueroa

CONSILIARIOS

Carolina Durán

Alberto Fergusson

Merlin Patricia Grueso

Andrés López

Ángel Melguizo

EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

Dirección: Cra. 7 # 12B-41, oficina 501

Teléfono: (57-1) 2970200, ext. 3114

<http://editorial.urosario.edu.co>

COMITÉ EDITORIAL DEL BOLETÍN

Juan Felipe Córdoba Restrepo

Ingrith Torres Torres

Claudia Luque Molano

Tatiana Morales Perdomo

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Juan Felipe Córdoba Restrepo

JEFE EDITORIAL

Ingrith Torres Torres

COORDINADORA PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Claudia Luque Molano

COORDINADOR DE DIFUSIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

Juan Carlos Ruiz Hurtado

ASISTENTES EDITORIALES

Melissa Botero Triana

Silvia Lorena Escobar Roza

ASISTENTE DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Tatiana Morales Perdomo

AUXILIARES ADMINISTRATIVAS

Gloria Gómez Ortiz

Isabel Cristina Puentes Mazutier

ASESORA COMERCIAL

María Stella Madariaga Pineda

APOYO COMERCIALIZACIÓN Y DIVULGACIÓN

Diego A Garzon-Forero

AUXILIAR DE BODEGA

Libardo Bernal Castillo

CORRECCIÓN DE ESTILO

Laura Rodríguez Mejía

DISEÑO, ILUSTRACIÓN Y FOTOGRAFÍA

Miguel Gerardo Ramírez Leal

Kilka Diseño Gráfico

PORTADA

[Detalle] Ofrenda del colegial Pedro Padilla.

Óleo sobre tela, 80 × 108 cm. Atribuido a Joaquín Gutiérrez, 1782. Pinacoteca, Universidad del Rosario.

Editorial afiliada a:

ECUEC
ASOCIACIÓN DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DE AMÉRICA
LATINA Y EL CARIBE

ASEUC
Asociación de Editoriales
Universitarias de Colombia



Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Fachada de la capilla, carrera 6 al oriente. Grabado. Papel Periódico Ilustrado. Año III, número 71. 20 de julio de 1884.

365 años

Editorial

*Leer es equivalente a pensar con la cabeza
de otra persona en lugar de con la propia.*

Arthur Schopenhauer

La edición 15 de nuestro *Tendencia Editorial* ha sido dedicada al lector del libro universitario desde el enfoque de investigadores y académicos quienes brindan no solo un estado del arte, sino que proyectan estrategias y retos para que este tipo de comunicación genere verdaderos resultados y beneficios para los involucrados.

La universidad es responsable no solo de la formación de nuevos líderes sino de brindar herramientas investigativas para la sociedad, estas serán capaces de transformar el ahora por un devenir donde todos puedan encontrar su rol y mejorar las condiciones de sus comunidades.

Con este objetivo principal definido hemos de entrar en materia para comprender la conexión entre tres factores esenciales para la divulgación del conocimiento científico: público, calidad e intereses. A lo largo de estos 6 artículos presentamos estas interconexiones.

En la sección **al encuentro con**, el historiador canadiense Douglas Hunter, ha permitido publicar su artículo: *Book Breaking and Book Mending*, una experiencia directa sobre el tipo de lectura académica y el deber ser de la lectura: “*Academic presses may need to rethink processes of acquisition and editing, and consider how they can secure or foster editors with skills beyond those involved in turning a doctoral dissertation into a book*” (p.11, 2019). En **Actualidad**, la editora Elea Giménez Toledo presentará el libro *Edición académica y difusión. Libro abierto en Iberoamérica*, un proyecto editorial de nuestra universidad y de Comares en España: “Se puede afirmar que este libro es el primer estudio panorámico sobre libros de acceso abierto en la región, basado en resultados de investigación” (p.13, 2019).

Nuestro **Especial** contará con cuatro artículos:

- (i) los investigadores José Luis Arriaga Ornelas y Georgina María Arredondo Ayala de la Universidad Autónoma del Estado México con “El libro universitario y sus lectores: comunicación improbable”, que deja una tarea a todos: “El libro universitario también puede sumarse a la batalla por evitar la tendencia a privatizar datos, información y contenidos que hoy muestra la web” (p.9, 2019).
- (ii) “La lectura académica en el ámbito universitario del siglo XXI” de Santiago Yubero y Elisa Larrañaga del Centro de Estudios para la Promoción de la Lectura y la LIJ (CEPLI) de la Universidad de Castilla-La Mancha, España, quienes plantean el reto: “En definitiva, los estudiantes universitarios, que son los profesionales del futuro, precisan ampliar y consolidar su formación a través de las publicaciones especializadas (en papel o digitales) y del acceso a revistas especializadas” (p.25, 2019).
- (iii) El profesor colombiano Luis Bernardo Peña Borrero en su artículo “¿Qué sería de los libros sin sus lectores?” describe el por hacer: “Libros que respondan a las demandas actuales de sus lectores, pero que así mismo se arriesguen a explorar temas inéditos que creen nuevos lectores, todo ello con el respaldo institucional de las universidades que los publican” (p.27, 2019).
- (iv) En esta oportunidad, el Director de nuestra Editorial, Juan Felipe Córdoba-Restrepo, con su texto “Lectura: hacia un lector con intención”, recuerda el para qué de lo que hacemos: “Existe la falsa creencia de que al entregar o recomendar textos, algunas veces más como obligación, estamos consolidando un lector permanente. Nada más lejano de los resultados finales; al contrario, hay un lector desatendido, al cual debemos acompañar, al que debemos motivar” (p.32, 2019).

Bienvenidos pues a la lectura.



4

BOOK BREAKING and Book Mending*



Douglas Hunter

Canadian author and holds a PhD in history and has written several books including *The Place of Stone: Dighton Rock and the Erasure of America's Indigenous Past*.

In January 2018, Karin Wulf, a history professor at William and Mary and director of the Omohundro Institute of Early American History and Culture, wrote an installment for her blog *Vast Early America* entitled: *Efficient Reading*. Professor Wulf tossed a lifeline to doctoral students everywhere struggling with the overwhelming impossibility of keeping afloat in their ocean of weekly reading requirements. The “real” title of her posting, she began, was “How to Gut a Book in 5 Easy Steps.” She proceeded to describe a process for getting the gist of a book without having to read it cover to cover. I knew the process well after recently completing a PhD in history at York University in 2015. Although I would be surprised if anyone in a doctoral program in history would not already know Professor Wulf’s system of what I call “book breaking” (a nod to ship breaking), her effort to codify the gutting process is indispensable to anyone embarking on their studies. But the blog post also resonated with misgivings I have had about academia’s messy relationship with books, with how its books are written, published, and consumed.

I have an unusual relationship with the academy. After a career of some thirty years as a journalist and author (and illustrator and graphic designer), a superb doctoral supervisor, Carolyn Podruchny, convinced me, that in 2010 at the age of 51, I should return to higher education to secure a history PhD. I was never sure of exactly what I would do with one if I survived the process, but it was a now-or-never challenge that I thought I should accept. I had no illusions about the academic job market, and had no plans to abandon my established career—in fact, I wrote and published *Double Double*, on the Tim Hortons restaurant phenomenon, with Harper Collins Canada in 2012 in the midst of my studies. One of the hopes the academy had for me was that I could bridge the worlds of academic history and “public” history, which includes the stuff published by trade houses. I had by then published a number of books with leading trade imprints (Doubleday, Penguin, Bloomsbury) on historical figures and subjects, especially exploration history, and I had a book on Christopher Columbus and John Cabot, *The Race to the New World*, in edit at Palgrave Macmillan in New York as I began my course work in the autumn of 2010. I had won a National Business Book Award for *The Bubble and the Bear*; *God’s Mercies* had been a finalist for the Writers’ Trust and the Governor General’s literary awards in nonfiction. *Double Double* would be a finalist for the NBBA as well. I may be wrong, but I do not think anyone with my experience in trade publishing had ever made such a hard right turn into academia in Canada.

To understand the relationship between books written and published by academics and academia itself, you need to understand the nature of

* This article is reproduced by authorization of the author. The first version was published on the blog of the artist and writer Douglas Hunter in July 16th, 2018. Retrieved from <https://dwhauthor.wordpress.com/2018/07/18/book-breaking-and-book-mending/>

doctoral studies. My PhD studies at York University had two components: the first was course work in three fields and the second a dissertation. For course work, I chose Canadian, American, and Indigenous history as my fields. Every week for two semesters, I would attend a seminar in each course to discuss the week's readings with about five to ten other students under the supervision of a professor, who would pose questions, guide the debate, and mark our performance over the course of about three hours. Each course also had several essays to write, based on readings. A week's readings were a mix of books and journal articles drawn from a larger reading list or syllabus. A typical week would add up to about three books per course (the rule of thumb seemed to be that four journal articles were the equivalent of one book). That meant reading nine books a week. The entire syllabus of one course might contain about 100 books, and the essential thrust of course work is for the student to demonstrate mastery of the curriculum. As well, in Canadian history, some of the readings were in French, and you were expected to be able to read and comprehend them at a basic level. A considerably basic translation test was administered in the first semester, which you were required to pass before completing your doctorate.

Once you had successfully completed course work, with grades of not less than A minus, you faced the hurdle of the comprehensive exams or "comps." The severity of comps varies from university to university, but at York, the comps in history were an ordeal. Students who completed course work in the spring usually opted to take comps the following fall, spending six months in mad and desperate preparation. For comps, you would secure a waiver in one field and prepare yourself in the other two. You were expected to know the entire syllabi of those two courses, which you would demonstrate in two four-hour written exams and an oral examination by a panel of professors. At York, you also had to design an entire 26-week course aimed at a third or fourth grade level with a syllabus, weekly lesson summaries, and a draft of one full one-hour lecture. Once this nightmare was behind you, you were no longer considered a student but a "candidate," and could move on to producing the book-length dissertation that would secure your doctorate.

Three weeks into my course work, I nearly quit. In addition to having a ninety-minute one-way commute to get to campus, I was overwhelmed by the weekly reading requirements. My first week included Bruce Trigger's *Children of Aataentsic*, a 600-plus-page doorstopper of a history of the Huron-Wendat people, and there were about eight other books besides to digest. I learned very quickly that reading in a doctoral program was not like reading at home. Consuming a book cover to cover was impossible. You had to learn how to "gut" a book, as Professor Wulf describes—absorb its essential contents so that you could discuss the author's ideas and evidence intelligently in that week's seminar. Even for comps, with its months of preparation, there was no way to read the entire syllabi of two courses (and I gave myself eighteen months, not six months, of preparation, as I also worked on *Double Double*). You had to learn the academy's version of speed-reading, which Professor Wulf so ably describes. Foremost, you read the book's introduction and conclusion, and the introduction and conclusion of individual chapters, and looked at sources and notes. If absolutely desperate, you get by with a scholarly book review—whatever it takes to gather enough knowledge to discuss the work in a seminar or a comps exam.

Professor Wulf stresses:

I don't always read this way. For work that's in my research area, and when I'm reading for the joy of reading history (which I try to do regularly), I read more deeply and thoroughly. But thinking historiographically, getting a sense of how evidence and argument are related within a book (or essay), and how those relate to other scholarship, I find pretty well served by this approach.

Professor Wulf's advice to doctoral students for coping with crushing reading lists is excellent (and I share her aversion to going so far as to rely only on a book review). But after I defended my dissertation and earned my doctorate in April 2015, I remained with a persistent disquiet about how people read and write in higher education. Because easily gutting a book is only possible if they are written in a way that allows them to be fluently gutted.

I have spoken on several occasions in academic settings about my views on academic and trade publishing. One such occasion was when I received the Canadian Association of Graduate Studies award for the best dissertation in humanities, social sciences, and art history in 2016. I had a whole room full of university deans as a captive audience. In that setting I remarked in part on how in ethno-history, so much academic energy is devoted to upholding the importance of stories in Indigenous cultures, and yet academia itself seemed hostile to story-telling as a way of conveying important truths. I otherwise have tried to point out an insidious feedback loop where academic writing is concerned. Authors who survived their doctoral studies by book breaking write academic works in the humanities. (And I suspect some of the phenomena of “imposter syndrome” in doctoral students is rooted in a guilty sense that at least some of their supposed knowledge is at times embedded in pretending to know much more than they really do. The study process encourages bullshit-tossing skills when students feel compelled to perform in order to survive the seminar evaluation.) When successful doctoral candidates then publish, there is a natural inclination to write in a way that makes book breaking possible, especially if they hope to see that book on a course reading list. Professors, not just students, need to be able to get the gist of a new book quickly. It should come as no surprise that authors write books in a way that is compatible with the way they are meant to be consumed. If the target audience has no time, need, or inclination to read books in their entirety, then authors of books at a basic level write them not to be read in a conventional way. It is a short bus ride from that reality to academic books, which are not particularly readable. By “not particularly readable” I do not mean that writers do not present ideas clearly, or that the prose is necessarily stilted or burdened by jargon. What I mean is that the books are written without regard to elements and narrative techniques that are fundamental to non-fiction in a trade setting.

It is a fair question how many books on reading lists are ever read in depth, for the sheer joy of it, by people who have to study them. I had several hundred books on my course lists. My dissertation’s bibliography ran to 37 manuscript pages. I can only name a handful of titles that I ever read pleurably, cover to cover. There was no time to do so, and for seven years, first as a doctoral candidate and then as a postdoctoral fellow, I read almost nothing outside my studies for pleasure. The process very nearly killed my love of reading.

Not all of academic publishing is producing books designed foremost to be gutted or broken. My unscientific sense is that academic publishing in the humanities and social sciences is improving, and that a lot of really good books are already emerging from academic presses. As an author, you can accomplish a lot for the purposes of book breaking by writing a good, engaging introduction and conclusion, without succumbing to the ultimate book breaking concession of writing a plodding, summarizing



introduction in the vein of “In chapter 1, I will discuss XX. In chapter 2, I will discuss YY.” If you get these elements right, there is no reason to construct chapters that have bland introductions that tell the reader what you are about to discuss, and conclude with an equally mellow review of what you have just discussed—more tell-tale book breaking structures. I have had the pleasure of publishing two titles with leading academic presses under editors Jonathan Crago at McGill-Queen’s University Press and Mark Simpson-Vos at UNC Press, who believe that books can be written to high academic standards and still be readable and accessible to a trade audience. I have also published *Half Moon* in 2009 with Bloomsbury Press. While Bloomsbury is a trade publisher, my editor was Peter Ginna, who had come to the trade side from Oxford University Press and knew how to publish books that were sturdy in scholarship while also accessible. Peter has gone on to edit a valuable volume on the book trade, *What Editors Do*. A number of academic presses have been publishing books that presume a market beyond the halls of learning, and more of them are becoming aware of the crossover sales potential of some titles in the trade market. I am proud to say that while I have had good reviews in the past in *Publisher’s Weekly* for trade titles, the first book of mine that earned a starred review there was *The Place of Stone*, based on my doctoral dissertation, for UNC Press.

It takes more than a vague commitment to readability for an academic press to produce truly accessible, compelling, and enjoyable books. Above and beyond the specific subject, legibility needs an author who has some grasp of the tricks of the trade, but imparting those is not part of the academic curriculum. I feel it tremendously helps academics to find writing outlets, such as blogs and general trade publications, that allow them to work on their prose craft. One key skill is the use of narrative as a tool to explore events, individuals, and ideas, which does not mean resorting to hackneyed novelistic techniques. Just as important is an embrace of biography, drilling down into the lives of individuals in a narrative so that they become well-rounded people or characters. (Spoiler alert: people like to read about people.) These “microbiographies” have been a signature part of my academic books. I strongly believe that the histories I write percolate in important ways at the





personal level of people in my work. I tend to do a fair bit of research using tools of genealogists. Names on pages come alive that way, and the history they experience (or in the case of scholars I have examined, the history they shape) is more comprehensible, enriched, and compelling.

Fostering readability requires an editor who wants to publish readable texts and who knows how to coach a writer. It also requires blind reviewers (usually two scholarly experts review academic manuscripts) who are on board with the aspirations of the publisher and author. But it also may require academic presses to adopt a more trade-oriented approach to the way manuscripts should be prepared. In the academic world, the standard system is for the author to turn in a finished manuscript with footnotes and bibliography, for evaluation by the editor and the blind reviewers. The trade editor has a substantial role in substantive editing, in helping to shape the manuscript as a work in progress. An author is much more accustomed to preliminary editing and guidance from their editor on a partial manuscript, and may even have their agent pitching in. Good books do not just arrive fully formed with properly formatted footnotes. Every writer needs help in shaping a manuscript, some more than others. Academic editors that already have an instinct for how to get readable books out of academics are a godsend, but I suspect that more than a few legible books from academic presses got that way because the author knew how to achieve that objective on their own. Academic presses may need to rethink processes of acquisition and editing, and consider how they can secure or foster editors with skills beyond those involved in turning a doctoral dissertation into a book. Those skills are especially important in what academia calls the “second monograph,” the book not based on a doctoral dissertation but rather arises from new research.

Books that are written to be readable do not necessarily have to be pitched at a general reader. Merely by acknowledging readability as a worthy goal of the writing and editing process, academic authors and presses can aspire to produce books that are more than a study burden, or a checkmark in a scholar’s to-do list for personal progress through academia’s ranks. Even when a harried doctoral student is forced to break or gut a book to survive a week of seminar discussions, we can still hope that they will think, “That book looked interesting. When I get a chance, I want to read all of it properly.” Anyone who has been through the ordeal of a PhD has had those moments with those special books. Wish that there could be more of them.

La edición de libros académicos en

ACCESO ABIERTO EN IBEROAMÉRICA



Elea Giménez-Toledo

Científica titular, Grupo de Investigación sobre el Libro Académico (ILIA), Instituto de Filosofía (IFS), Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

El acceso abierto al conocimiento científico está hoy en el epicentro de la política científica en muchos países del mundo. El Plan S¹, promovido por la cOAlition S en la Unión Europea encaminado a acelerar la transición hacia el acceso abierto, está siendo objeto de un intenso y efervescente debate. El Plan S propone una serie de principios para que a partir de 2020 todos los resultados de investigación financiados con fondos públicos se publiquen en abierto. De momento, solo se contempla ese escenario para la publicación de artículos en revistas científicas. Editores, académicos y gestores de políticas científicas, entre otros, discuten si las fórmulas propuestas son las más adecuadas. Mientras se produce este “diálogo” entre las partes, se evidencia la enorme influencia de las decisiones políticas en la industria editorial y en la propia comunidad académica.

La edición de libros académicos en abierto plantea desafíos específicos, distintos a los de las revistas. En Europa, Estados Unidos y otros países como Canadá o Australia, se han puesto en marcha iniciativas especial-



1 <https://www.coalition-s.org/>



mente pensadas para impulsar esta publicación de libros. Algunas parten de las propias editoriales académicas, bien universitarias o privadas/comerciales, que diseñan programas editoriales específicos para la publicación de libros oa —*Open Access*— (ej. *Luminos* de la Universidad de California), cambian el modelo de la editorial para dedicarse totalmente a la publicación en abierto (UCL Press) o establecen un programa de publicación de libros en abierto financiado mediante las tasas que pagan los autores (Book Processing Charges). Este modelo se está extendiendo entre las editoriales privadas/comerciales. Otras iniciativas tienen carácter colectivo, TOME (Toward an Open Monograph Ecosystem), una de ellas, plantea una cofinanciación de la publicación en abierto entre distintas editoriales universitarias o Knowledge Unlatched, que cubre los costes de publicación de una obra gracias a las aportaciones de un conjunto de bibliotecas universitarias de todo el mundo. También se ha desarrollado infraestructuras de investigación y tecnológicas como OPERAS o HIRMEOS para el desarrollo de las monografías en abierto de humanidades o ciencias sociales.

Financiación, visibilidad de las monografías, calidad, sostenibilidad de los modelos de edición, propiedad intelectual o métricas de los libros en abierto son algunas de las cuestiones que están siendo tratadas de una manera muy dinámica en el contexto internacional o, para ser más precisos, en las regiones donde se concentra gran parte del mercado editorial académico.

Si nos preguntamos qué está ocurriendo con la edición de libros en español y en portugués, el panorama es diferente. No es tan dinámico ni estructurado ni prioritario, pero es alentador. El libro —de acceso abierto—: *Edición académica y difusión. Libro abierto en Iberoamérica* (Editorial Universidad del Rosario/Comares) es el resultado de un proyecto de investigación² que precisamente se ha planteado explorar cómo se está produciendo la transformación digital en las editoriales universitarias iberoamericanas y cómo se están introduciendo las publicaciones de acceso abierto en los programas editoriales.

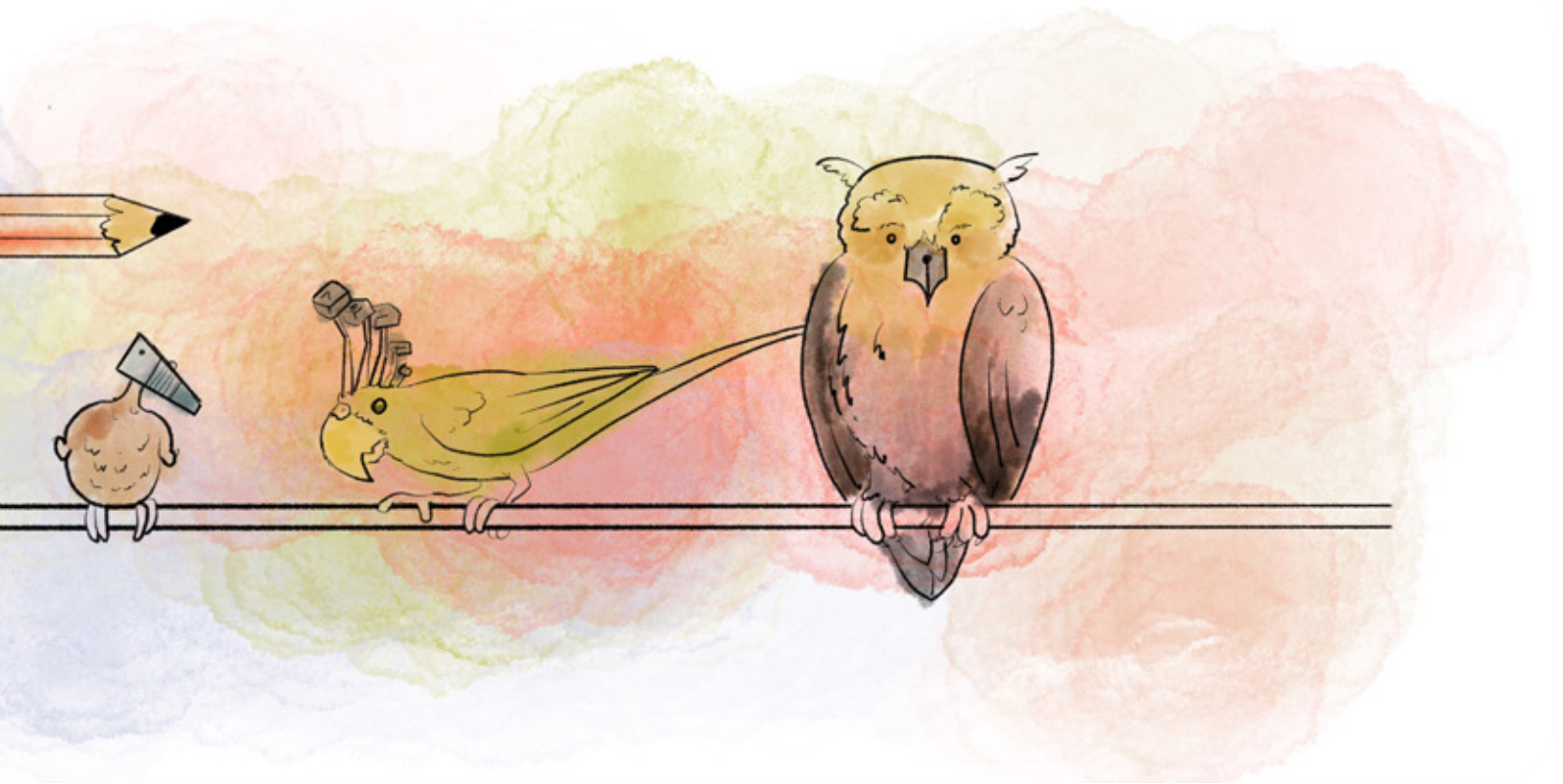
Se puede afirmar que este libro es el primer estudio panorámico sobre libros de acceso abierto en la región, basado en resultados de investigación. En una primera parte se tratan las cuestiones contextuales y cruciales que están determinando el desarrollo de los libros de acceso abierto. Se analiza lo que pueden representar para la edición académica en términos de difusión y circulación de la producción editorial; la financiación de los libros en abierto como uno de los retos que más atención está despertando en el contexto internacional; el nuevo rol de las bibliotecas universitarias tanto como responsables de los repositorios institucionales, como en su faceta de financiadoras de la edición académica en abierto, y

² *Prensas universitarias iberoamericanas y libro científico en español*. CS02015-63693-P. Financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades de España y por FEDER (Unión Europea).



las cuestiones de propiedad intelectual vinculadas directamente al acceso abierto. Esta primera parte, que ha implicado el análisis de las prácticas y los proyectos internacionales, así como una revisión sistemática de la literatura científica sobre el tema, pretende ofrecer a los editores —pero también a los académicos y a los gestores de políticas científicas— un contexto preciso sobre los libros de acceso abierto que les ayude a situar su trabajo en un escenario global, a entender todos los desafíos que se afrontan, a vislumbrar las oportunidades y a definir sus estrategias de publicación en abierto.

La segunda parte del libro muestra los resultados del estudio realizado directamente con las editoriales universitarias iberoamericanas. Gracias al apoyo de CERALC, EULAC y ASEUC, fue posible realizar una encuesta que respondieron más de 140 editoriales. Sus respuestas han permitido conocer cómo se está produciendo la transformación digital en las editoriales, qué parte del catálogo se publica en formato electrónico, en qué formatos, cómo percibe la demanda del libro electrónico por parte de los lectores o cuáles son los canales empleados para su comercialización. Además, se analizaron específicamente las cuestiones que conciernen a los libros de acceso abierto, abarcando el tipo de política de acceso abierto de las universidades, el volumen y el tipo de libros que se publican en abierto, las razones para no publicar en abierto —cuando es ese el caso—, la fase de la transición al acceso abierto en la que se encuentran las editoriales, los modelos de negocio que están adoptando o los tipos de licencia utilizados para proteger la propiedad intelectual. Se ha observado una enorme heterogeneidad en las estrategias de publicación de libros de acceso abierto. Un 60 % de las editoriales ya publican libros abiertos,



pero no siempre lo hacen con políticas institucionales, financiación o estrategias definidas que las respalden. Dentro de esa heterogeneidad se identifican algunas pocas iniciativas editoriales muy destacadas para la publicación de libros en abierto, otras más pequeñas y experimentales que pueden dar sus frutos en el mediano plazo y otras que carecen de planificación específica y de la profesionalización necesaria para desarrollar un programa de publicaciones en abierto.

Si se piensa en los libros de acceso abierto como una manera de hacer visible, accesible y útil la investigación realizada en la región y publicada en español o portugués, es fácil reconocer el valor que estas publicaciones pueden tener en nuestra región, que es también nuestra comunidad cultural. Pero además, publicar ciencia en abierto en otros idiomas distintos al inglés, permite situar la investigación de la región en un contexto internacional así como aportar pluralidad temática, lingüística y cultural a los contenidos en abierto que cualquier usuario del mundo puede localizar. Más allá de los datos que aporta el estudio y de las conclusiones que pueden desprenderse de ellos, hay una reflexión esencial que se deriva de esta investigación: si

en el contexto de la región iberoamericana se desarrollan estrategias conjuntas para facilitar, profesionalizar y hacer sostenible la edición de libros en abierto —tal y como ya se está haciendo en otros contextos geográficos y culturales— la investigación producida en la región aportaría diversidad a los contenidos en abierto que hoy se encuentran en la red, sería más visible y sería más fácil reconocer la aportación de la comunidad iberoamericana a la ciencia. En este sentido, confiamos en que las instituciones ocupadas del libro en la región puedan servirse de los resultados del estudio para pensar en estrategias colectivas que fortalezcan la edición académica en español y portugués.

Referencias

Giménez-Toledo, E., & Córdoba Restrepo, J. F. (Eds.). (2018). *Edición académica y difusión. Libro abierto en Iberoamérica*. Bogotá: Universidad del Rosario; Granada: Comares Editorial. Doi: <https://doi.org/10.12804/th9789587841671>

También disponible en https://www.comares.com/libro/edicion-academica-y-difusion_89079/

El libro universitario y sus lectores:

comunicación



José Luis Arriaga Ornelas

Licenciado en Comunicación, Maestro en Estudios Latinoamericanos y Doctor en Ciencias Sociales. Se desempeña como profesor investigador en la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México, universidad de la que fue Jefe del Departamento Editorial. Es autor del libro La doble contingencia en la edición universitaria (2016). Actualmente es líder del cuerpo académico "Patrones culturales de las relaciones sociales". Su línea de investigación es sistemas dinámicos y discursivos.

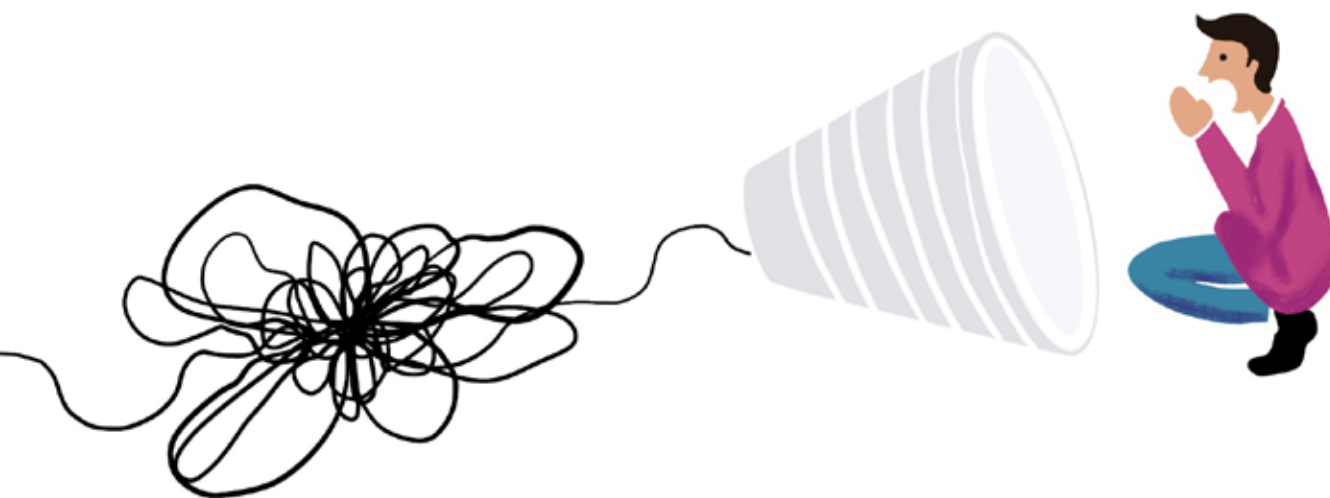


Georgina María Arredondo Ayala

Profesora investigadora de la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México. Antropóloga social, con maestría en Administración de Empresas y Doctorado en Lenguas y Culturas Mesoamericanas por la Universidad de Hamburgo. Perteneció al cuerpo académico "Patrones culturales de las relaciones sociales" y ha realizado diversas investigaciones y publicaciones en antropología. Perteneció al Colegio de Etnólogos y Antropólogos de México A.C. y a la Asociación Iberoamericana de Antropología (AIBR).



improbable



Escribir, publicar, leer y utilizar la información obtenida en la lectura no son solo tareas lingüísticas, procesos psicológicos o productivos, sino prácticas sociales y culturales. El libro es un medio que se emplea para posibilitar la comunicación entre las personas. Se trata de un tipo de comunicación asincrónica, pues separa temporal y espacialmente el momento de la emisión y el acto de la comprensión. La actividad editorial, vista como proceso comunicativo, se cierra cuando tiene lugar la lectura, cuando se encuentra al elusivo lector, pero esto último es un hecho improbable e independiente de la edición permanente de libros.

La comunicación asincrónica que promueve la actividad editorial la emprenden instituciones, organizaciones y empresas dedicadas permanentemente a realizar

aquello: las casas editoras. Ellas asumen una responsabilidad de emisión al editar libros, una acción que encierra una operación básica de diferenciación (Luhmann, 1998): lo que se publica/lo que queda inédito. Tal responsabilidad de emisión selectiva es asumida por las universidades, dado que es parte de las expectativas sociales respecto a su razón de ser. Pero vale la pena preguntar: ¿están consiguiendo cerrar ese proceso comunicativo encontrando lectores?

Hay tres funciones primordiales relacionadas con el conocimiento que se atribuyen a una universidad: docencia, investigación y difusión cultural (Anaya, 2010). Lo anterior significa que a la universidad se le atribuye socialmente la responsabilidad de contribuir al avance, a la preservación y a la disseminación del conocimiento; uno de los medios por antonomasia para hacerlo es el libro. Esta es la razón por la que existe *el libro universitario* como forma específica de buscar la comunicación.

Pero es un hecho que la producción del libro universitario corre de manera independiente al proceso a través del cual el lector selecciona una obra, un autor, lo adquiere, lo lee, lo utiliza y lo introduce a alguna emisión de su parte. Corre independiente porque la publicación de un libro no garantiza su lectura y en consecuencia nos recuerda que la comunicación es improbable. No obstante, las universidades año tras año siguen publicando cientos de títulos. ¿Por qué? Debido a una selección histórica que la universidad ha hecho de tener actividad editorial como una característica de su ser.

Hay permanentemente emisiones eventuales de información (en forma de nuevos libros) que actualizan su responsabilidad de emisión y que tienen la expectativa de que alguien los lea. Hay una condicionante para el caso del libro universitario y las probabilidades de lograr la comunicación —o sea, lograr que un lector distinga y separe el acto consuetudinario de editar que tiene la universidad y la información en sí misma que representa un libro editado por ella—: la universidad edita libros porque socialmente se espera que lo haga —incluso hay instituciones que se ponen una meta numérica por año—. Para explicar este condicionamiento comencemos por señalar las características de una editorial universitaria. Las que propone Sierra (1991) nos parecen pertinentes: se resumen en

la actividad de orientar, buscar, obtener, evaluar y seleccionar, para su publicación y posterior difusión, obras académicas válidas, de calidad y rigor científicos, previo análisis de las necesidades del ámbito académico y cultural universitario y de la sociedad a la cual está adscrita para que respondan a las verdaderas inquietudes de estas (p. 19).

A la definición de Sierra es preciso añadir que la actividad editorial universitaria, aparte de responder a las inquietudes académicas y culturales de su comunidad y de la sociedad en general, es un elemento necesario para su desarrollo. Esto es

la universidad mantiene esta actividad [la de editar] como un aspecto necesario para su propio desarrollo. Su actividad editorial es un producto del trabajo al que se dedica, es

decir, no se ocupa de buscar aquellos autores que representen ganancias seguras con su producción, sino, básicamente, a promover y estimular el trabajo de quienes están en ella (Torres, 1995, p. 17).

La editorial universitaria se rige en teoría por criterios distintos a los de la llamada “industria editorial” y sus fines mercantiles. Su razón de ser se encuentra, se supondría, directamente relacionada con los fines que la universidad persigue. Ante esto hay varios elementos que subrayar: primero la ya mencionada responsabilidad de emisión selectiva de cara a potenciales lectores; segundo, esa responsabilidad selectiva (ese “algo que decir”) estaría relacionada con el conocimiento; tercero, se espera que sus emisiones (publicaciones) se sumen a la cultura nacional, y cuarto, interpela a sus potenciales receptores con una lógica distinta a la del mercado.

¿Y todas las editoriales universitarias operan así? No. En Estados Unidos hace décadas que muchas se lanzaron también a la conquista del mercado nacional con sus propios *best sellers* y líneas editoriales comerciales y diversificadas. En Francia, e incluso algunos países de Latinoamérica, algunas instituciones universitarias contratan a editoriales privadas para la producción y comercialización de algunas de sus obras con ello se pierde el control de las ventas, pero se logra que los libros circulen comercialmente.

¿Implica este tipo de prácticas apartarse de los objetivos antes señalados como inherentes a la editorial universitaria? La respuesta sería no, siempre y cuando el proceso esté perfectamente delimitado y controlado. Sin apartarse de los objetivos originales, una editorial universitaria puede producir libros profesionalmente y ser competitiva frente a las editoriales privadas, utilizando para su beneficio el carácter de centro del conocimiento que la propia sociedad le ha otorgado tras siglos de existir y que puede estar en el imaginario del potencial lector, pero a lo cual hay que añadirle emisiones de información útil, incrementando así las posibilidades de comunicación.

Pero el debate no termina ahí, hoy tenemos una ecología comunicacional distinta y los productos editoriales de la universidad tienen que aventurarse al mar de la información que representan los contenidos en línea.

Es innegable el cambio en las pautas de comportamiento en la llamada generación de la era digital. Como dice Darnton (2010) a nosotros nos enseñaron a dirigir un lápiz con el índice, pero ahora hay que observar a los jóvenes utilizando sus pulgares en los teléfonos móviles para darse cuenta de la manera en que la tecnología marca a la nueva generación a nivel incluso de una configuración sensorial: “Esta generación está todo el tiempo conectada” (p. 15). Internet se convierte cada vez más en nuestra principal herramienta a la hora de buscar información. A través de motores de búsqueda tan poderosos como Google queremos resolver casi cualquier duda; antes eso estaba restringido a utilizar una computadora, pero hoy los dispositivos móviles son cada vez más frecuentes y no importa dónde estemos, basta con tener una conexión a internet disponible para pedirle a Google que nos dé respuestas.

El libro universitario se sigue produciendo, pero ya no es posible seguir pensándolo como se hacía hace apenas unos lustros. Hoy es preciso pensarlo más allá de ese objeto compuesto de papel y tintas que se manufactura para ofrecerlo a improbables lectores. También debe pensarse como objeto electrónico, codificado para ponerlo en línea e incrementar sus probabilidades de ser leído, para cerrar así el proceso comunicativo. Pero esta nueva arena en la que se colocan los eventos derivados de la actualización de selecciones que es la edición tiene hoy una característica muy específica: la personalización de internet (Pariser, 2011), que ha hecho transitar a motores como Google hacia el modelo de información no consultada, que deja atrás aquella fórmula inicial en la que el internauta se valía de ese motor para buscar sitios a los cuales ir. Hoy la inteligencia artificial que desarrollan los grandes gigantes de internet aprende de la navegación de cada usuario para así sugerirle sitios, productos, servicios y objetos que calcula le gustaría ver.

Los algoritmos con los que operan Facebook, Twitter, Amazon, Youtube o Google, por solo mencionar algunas de las herramientas más empleadas al estar en línea, están diseñados para mostrar a cada usuario información con la que él estaría de acuerdo y omitir alguna otra que le pudiera causar conflicto con su punto de vista. Eso hace que cualquier información por genuina, veraz o certera que sea no llegue a muchas personas por

estar clasificada por esos algoritmos como “información no deseada”. Si se limita el acceso a la información que desafía el punto de vista del usuario, se incrementa la improbabilidad de la comunicación tratándose de publicaciones que se destinen, por ejemplo, a desmentir una creencia popular, a desmontar un mito, o a contrastar científicamente una verdad con un saber mal construido.

Frente a esta tendencia, la universidad debe fortalecer su criterio editorial. En la medida que se tenga una idea respecto a lo que se quiere difundir, sus productos serán consistentes con la función sustantiva de promover el conocimiento y la cultura. Colocar los mismos en repositorios o redes digitales especializadas en la divulgación —de acceso abierto, sobre todo— sumará a la batalla por evitar que internet se convierta en un gigantesco dispositivo de control de acceso a la información. El libro universitario también puede sumarse a la batalla por evitar la tendencia a privatizar datos, información y contenidos que hoy muestra la web. La emisión que hacen las universidades al editar libros debe seguir abriendo espacios a la transmisión de ideas, conocimiento y cultura. La congruencia siempre incrementará posibilidades a la comunicación.

Referencias

- Anaya, J. (2010). *Editar en la universidad. Paradojas y retos*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Darnton, R. (2010). *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*. Madrid: Trama.
- Luhmann, N. (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Anthropos/UIA/CEJA.
- Pariser, E. (2011). *The filter bubble*. New York: Viking.
- Sierra, J. A. (1991). *Manual de gestión y mercadeo para editoriales universitarias*. Bogotá: CERLALC.
- Torres, G. (1995). *La universidad en sus publicaciones: historia y perspectivas*. México: UNAM.



¿QUÉ SERÍA DE LOS LIBROS SIN SUS LECTORES?



Luis Bernardo Peña Borrero

*Autor colombiano, editor y lector
de libros universitarios.*

Hace no muchos años, un profesor universitario que quería publicar un libro debía recurrir a las pocas editoriales comerciales interesadas en esta clase de publicaciones y esperar pacientemente la decisión de la editorial, tiempo en el cual la obra empezaba a desactualizarse. Hoy existen en Colombia 67 editoriales universitarias que publican libros profesionales y de interés general en distintos campos del conocimiento, tanto en formato impreso como digital, un fenómeno que Nicolás Morales ha denominado “el boom de las editoriales universitarias”. Mientras que en 1987 las universidades colombianas publicaban solo 470 títulos por año, tres décadas después, la cifra de libros universitarios publicados anualmente asciende a 4 600 libros por año, un número que según el autor representa la cuarta parte del total de nuevos títulos publicados anualmente por la industria editorial colombiana [Morales, 2018].

Que los estudiantes, los profesores y los lectores interesados podamos contar con un catálogo de libros universitarios tan numeroso es una noticia alentadora. Aunque, más que por su cantidad, lo que los lectores valoramos en los libros universitarios, aquello que nos atrae y genera confianza en comparación con otro estilo de publicaciones, es la originalidad y la profundidad de su contenido, la posibilidad de contar con libros sobre temas que no suelen ser de interés para las editoriales comerciales, la autoridad científica y ética de quienes los escriben, el rigor expositivo, la claridad de la prosa y el juicio imparcial de los pares académicos y de los editores que los evalúan con base en criterios aceptados por la comunidad

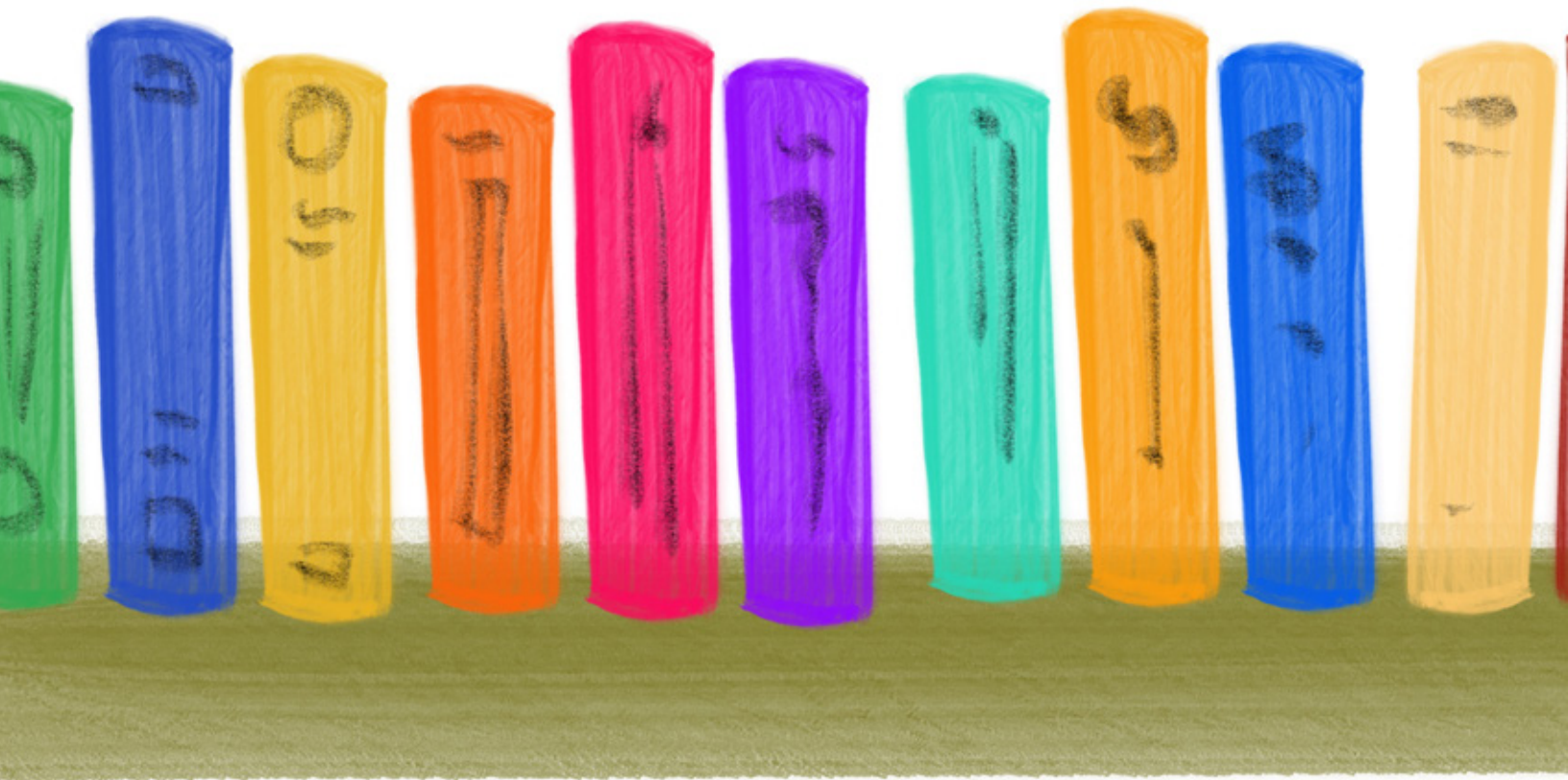


científica. Libros que respondan a las demandas actuales de sus lectores, pero que así mismo se arriesguen a explorar temas inéditos que creen nuevos lectores, todo ello con el respaldo institucional de las universidades que los publican. Lo mismo puede decirse en el caso de las traducciones de libros en otras lenguas, una faceta importante de la edición universitaria.

Además de la calidad de su contenido, los lectores esperan encontrar libros que fueron sometidos a una rigurosa revisión de estilo, con una diagramación y un diseño tipográfico que contribuyen a su legibilidad, bien impresos y encuadernados, y a un precio razonable que motive su compra y libere a los lectores de tener que leerlos incompletos, desintegrados en fotocopias de mala calidad. Más que exigencias desmesuradas, son estas las mínimas condiciones que se derivan del compromiso de una editorial universitaria con sus lectores.

La labor de una editorial universitaria no termina con la publicación y el lanzamiento de los libros; este es apenas un paso intermedio, una estación en el incierto camino que culmina solo cuando el libro alcanza la finalidad para la cual fue hecho: el encuentro con sus lectores. Por eso la existencia de un catálogo de títulos tan nutrido plantea inevitablemente la pregunta por la lectura, más aún en un país que no brilla propiamente por su cultura lectora.





Se ha dicho que los libros son la puerta de entrada a la lectura, al fin y al cabo sin ellos no habría lectores ni lectura, pero ¿qué sería de los libros sin los lectores? La verdadera esencia de un libro —aquello que lo hace ser libro— es ser leído. Un libro no leído es una obra inconclusa. Por más valiosos que sean como obras del pensamiento o de la imaginación, los libros solo alcanzan todo su valor cuando son leídos. Peguy hablaba de la responsabilidad y el privilegio que significa saber que la supervivencia de las más grandes obras literarias depende de que sean leídas. ¿Cuántos de los miles de libros que se publican cada año no han sido leídos y esperan el milagro de su resurrección?

Mientras un libro permanezca cerrado, no será más que un arrume de hojas impresas y cosidas, un simple cubo de papel en el que yacen dormidas las palabras, o una pantalla de caracteres titilantes esperando a un lector que las reviva.

La esencia del acto absoluto de la lectura —escribe Steiner en *Pasión Intacta*—, (...) es una esencia de reciprocidad dinámica, de respuesta a la vida del texto. El texto, al margen de su inspiración, no puede tener una vida significativa si no se lee (¿qué clase de

vida tiene un Stradivarius que no se toca?).

La relación entre el verdadero lector y el libro es creativa. El libro tiene necesidad del lector igual que este la tiene del libro.

Lo mismo puede decirse sobre la necesidad que tiene el autor de sus lectores, presentes en su mente antes y durante todo el proceso de escritura, no como simples consumidores del libro una vez publicado o un efecto o una “sombra del texto” (Chartier, 1994), como se pensó durante mucho tiempo.

Contraria a la idea que teníamos sobre el lector como un receptor obediente que sigue al pie de la letra los signos del texto, la investigación reciente sobre la lectura ha mostrado una imagen muy diferente y mucho más fiel del lector de carne y hueso: uno inteligente y creativo que hace suyo el libro y colabora activamente con el autor en el proceso de construcción de significado; un lector que subraya (siempre y cuando el libro sea suyo), relee y toma notas; un lector rebelde que sigue sus propias rutas de lectura, que cuestiona e interpela al autor, e incluso ayuda a resolver las ambigüedades, las contradicciones y los vacíos que este ha dejado en el texto. Un lector que escribe la lectura y “levanta la cabeza para poner en contacto las ideas del texto con las



suyas” (Barthes, 2002). Esta interacción entre el libro y el lector es aún más visible en aquellos libros que tienen por objeto enseñar o servir de guía para la acción, como los manuales, los libros de texto impresos o digitales, en los que el discurso expositivo se interrumpe para pedirle al estudiante que realice ejercicios, responda cuestionarios para evaluar sus progresos, resuelva problemas o estudios de caso, o desarrolle algún proyecto práctico a partir de las orientaciones contenidas en el libro.

En la labor editorial convergen las tres grandes misiones de la universidad. Mediante sus publicaciones, la universidad difunde los conocimientos producto de la investigación y los somete al escrutinio público; materializa en forma de libros el producto de la experiencia pedagógica de los docentes, y convierte en realidad sus objetivos de proyección social. Los libros son la cara visible de la universidad, su voz propia en medio de la estridencia de otros medios, por lo tanto, deben estar inspirados en los mismos valores y principios que orientan su quehacer, implícitos en cada uno de los libros que llevan impreso en la portada su sello editorial. Además de ser un aporte al conocimiento y al aprendizaje, cada libro que la universidad publica es una responsabilidad.

La existencia de 67 editoriales universitarias colombianas, que conforman un catálogo de títulos tan nutrido, es sin duda una conquista muy valiosa. Pero, además de seguir enriqueciéndolo con libros que contribuyan al avance del conocimiento y a su circulación, libros pensados desde perspectivas innovadoras que nos ayuden a tener una mejor comprensión de nosotros mismos y de los problemas del país, las universidades tenemos la obligación de preguntarnos también por las lecturas que generan esos libros y el impacto que tienen en sus lectores.

Referencias

- Barthes, R. (2002). *Variaciones sobre la escritura*. Barcelona: Paidós.
- Chartier, R. (1994). *The order of books*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Morales Thomas, N. (20 de abril de 2018). El “boom” de las editoriales universitarias. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/nicolas-morales-thomas/el-boom-de-la-edicion-universitaria-207384>
- Steiner, G. (1997). *Pasión intacta*. Bogotá: Norma.



La lectura académica

en el ámbito universitario del siglo XXI

22



Santiago Yubero y Elisa Larrañaga

Centro de Estudios para la Promoción de la Lectura y la LIJ (CEPLI), Universidad de Castilla-La Mancha y directores del Centro de Investigación en Lectura y Literatura Infantil y Juvenil (CEPLI).



En la sociedad del siglo **xxi** se considera esencial que todos los ciudadanos, especialmente los jóvenes universitarios, dispongan de las habilidades necesarias para acceder a la información y transformarla en conocimiento. Todos los estudios de lectura indican que los universitarios son el grupo social que más lee. Sin duda, la lectura es una parte importante de la vida académica como vía de acceso a la información y elemento imprescindible para la adquisición de competencias [Carlino, 2013; Cassany, 2008].

Con el nuevo milenio se ha ido construyendo una nueva generación. Son jóvenes que emplean los nuevos avances tecnológicos, aprenden de forma diferente, han incluido las pantallas en toda su vida e incluso se han hecho dependientes de ellas. Las TIC han generado nuevas realidades sociales que son un continuo desafío también para las prácticas lectoras. El ecosistema de la lectura cuenta ahora con un nuevo espacio, como es internet y la lectura digital, lo que ha generado que junto a la lectura tradicional convivan nuevas formas de lectura y también antiguas formas de lectura modificadas y ampliadas.

En la actualidad que vivimos el propio concepto de libro ha experimentado un cambio radical con la irrupción de internet (Alonso-Arévalo & Córdón-García, 2015). En el informe sobre el libro digital en España publicado por el Observatorio de la Lectura y el Libro y el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (OLL-MECD, 2016) se pone de manifiesto el



crecimiento de la edición digital en nuestro país, al igual que ocurre en el resto de países del mundo. Las editoriales universitarias no han sido ajenas a esta evolución, ya que muchos de sus libros tienen acceso a través de internet con opción de compra, incluso por capítulos independientes. Esta opción la podemos encontrar desde el Servicio de Publicaciones de nuestra Universidad de Castilla-La Mancha, que es una universidad pequeña, hasta en editoriales internacionales de gran prestigio como Springer.

La lectura digital está cambiando también el modo de leer. Un cambio profundo se ha producido en las prácticas de lectura para buscar información, hacer un trabajo, resolver dudas, preparar un examen o ampliar la cultura general. Las generaciones jóvenes son representantes de estas nuevas formas de acceso a la información cuando emplean las distintas tecnologías digitales (Area-Moreira, 2012). Los datos del informe elaborado por López-Ruiz (2017) para la Fundación SM y el Observatorio de la Juventud en Latinoamérica revelan que el 76.4% de los jóvenes emplea Internet para ‘cosas relacionadas con los estudios’. La realidad es que este avance tecnológico ha de suponer que el alumno se convierta en un buscador crítico de información y en un sujeto generador de su propio conocimiento.

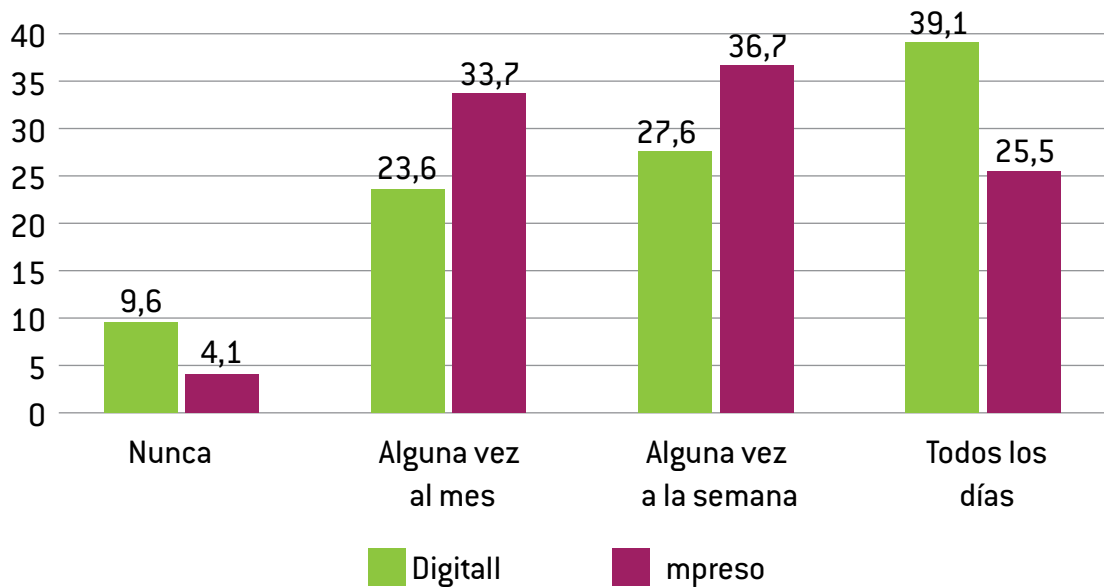
En el contexto universitario, internet también ha supuesto que los materiales de estudio hayan pasado del papel a los archivos digitales. Sin embargo, hay autores que plantean que este cambio realmente no supone un avance significativo, las plataformas virtuales se han convertido en sustitutorias de la reprografía, son simples depósitos para distribuir los materiales —artículos, textos, instrucciones, trabajos— (Pérez-Lorido, 2008).

Presentamos aquí la información sobre las prácticas de lectura de 1833 estudiantes procedentes de cuatro universidades españolas. Más del 60% de los estudiantes universitarios informó que leía para aprender, mostraron interés por la lectura profesional —este ítem se evaluó en una escala de 10 puntos—; mientras que un 68% se ubicó por encima de 5 puntos y un 18% informaron de un elevado interés —entre 9 y 10 puntos—. Sin embargo, un 55% solo había leído libros de ficción y no había accedido a las lecturas profesionales específicas de su área de estudio.

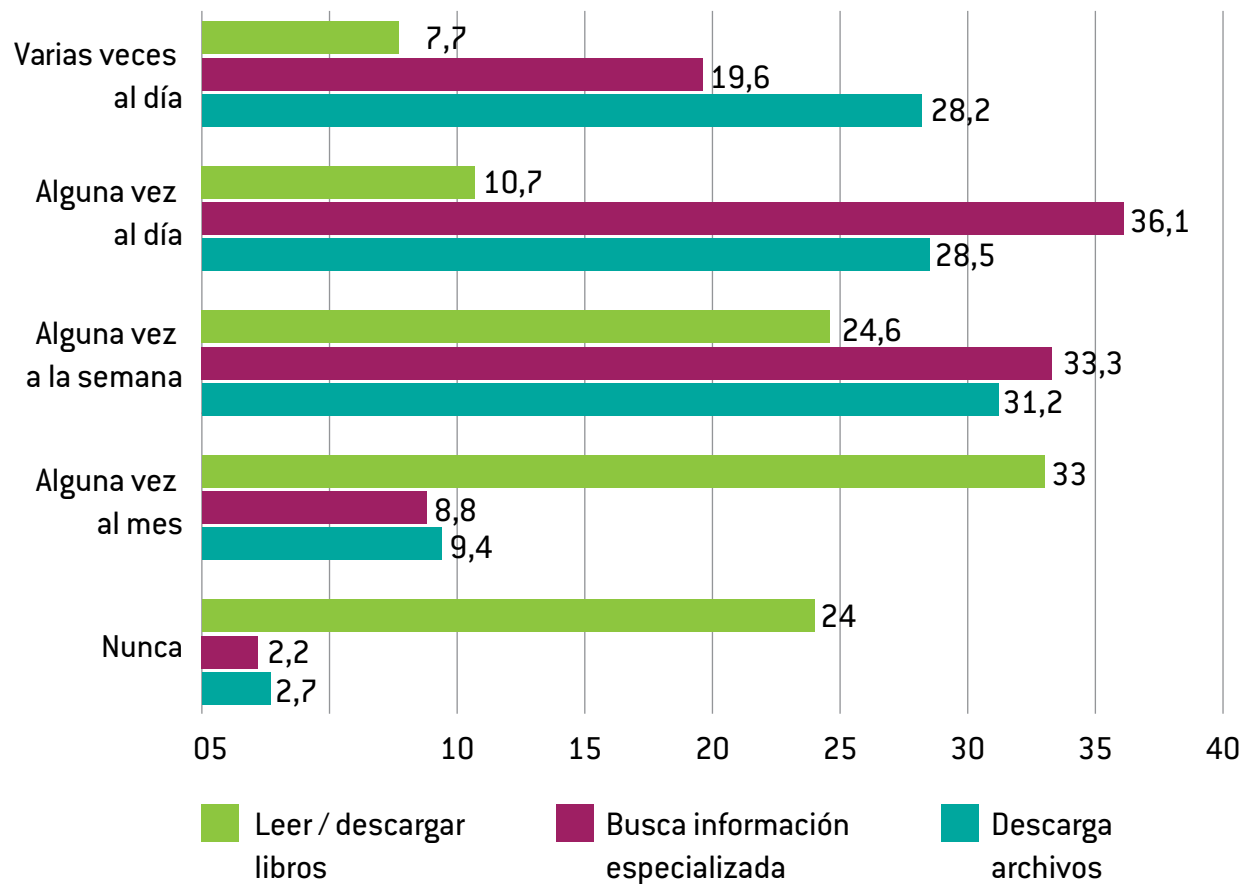
Los resultados reflejan la influencia de las TIC sobre la lectura de los estudiantes universitarios (gráfica 1). Un 66% lee frecuentemente en internet —39% de los estudiantes universitarios lee todos los días en soporte digital—, y casi el 10% no lee nunca en soporte digital. En soporte papel leen frecuentemente un 62.5% —25.5% diariamente— y un 4% no lo hace nunca.

Si analizamos las actividades que realizan en la red (gráfica 2), la lectura y descarga de libros es la menos empleada, solo un 18% la realiza diariamente. No obstante, la actividad virtual que predomina en los estudiantes universitarios es la descarga de archivos, un 88% realiza esta actividad frecuentemente, mientras que un 57% lo hace diariamente. Los estudiantes también emplean internet para buscar información es-

Gráfica 1. Frecuencia de lectura en soporte papel y soporte digital



Gráfica 2. Actividades de lectura en internet





pecializada —un 56% todos los días y un 33% alguna vez a la semana—.

No obstante, los estudiantes no acceden a las publicaciones periódicas científicas para obtener esta información. Un 30% nunca ha entrado en ninguna revista científica, un 28% lee revistas a menudo o casi siempre, la mayoría lo hace un 43% a veces.

En definitiva, los estudiantes universitarios, que son los profesionales del futuro, precisan ampliar y consolidar su formación a través de las publicaciones especializadas (en papel o digitales) y del acceso a revistas especializadas. El desarrollo de la red permite el acceso al conocimiento de forma abierta, pero parece que los estudiantes universitarios muestran poco aprecio por las herramientas científicas de difusión del conocimiento. Leen mucho en internet, mas esa lectura no se dirige a su formación especializada.

Como consecuencia de todos estos cambios, la imagen de las estanterías de los estudiantes universitarios se ha modificado radicalmente. Han pasado de estar repletas de manuales propios de sus estudios, a ser un compendio de carpetas llenas de fotocopias y de USB con archivos organizados por materias. Hace unos años, era fácil identificar de un solo vistazo qué podían estar estudiando los diversos ocupantes de una residencia universitaria, bastaba con echar un vistazo a los libros que tenían que estudiar. Ahora, la situación es bastante más compleja y se ha perdido la biblioteca universitaria personal de los estudiantes.

La lectura de los universitarios actuales es una realidad dual en la que permanece la lectura en soporte impreso, pero ha entrado con el mismo peso la lectura en soporte digital. Las editoriales que publican material universitario han tenido que adaptarse a esta realidad y abrir sus webs a la adquisición segmentada de sus obras. El problema posiblemente no sea exclusivamente de los alumnos. Tendríamos que analizar también la relevancia que dan los profesores a los manuales universitarios.

El mundo académico ha transformado el papel de docente en el rol preferentemente de investigador, en el que predomina la importancia de publicar artículos de impacto en revistas indexadas sobre la elaboración de libros y manuales para sus alumnos. Todavía no conocemos las consecuencias de todo esto en la formación de nuestros estudiantes, pero ya sabemos que el conocimiento se ha parcializado y perdido la visión global e integradora que ofrecen los libros, pero que sobre todo ofrecían los manuales.

Referencias

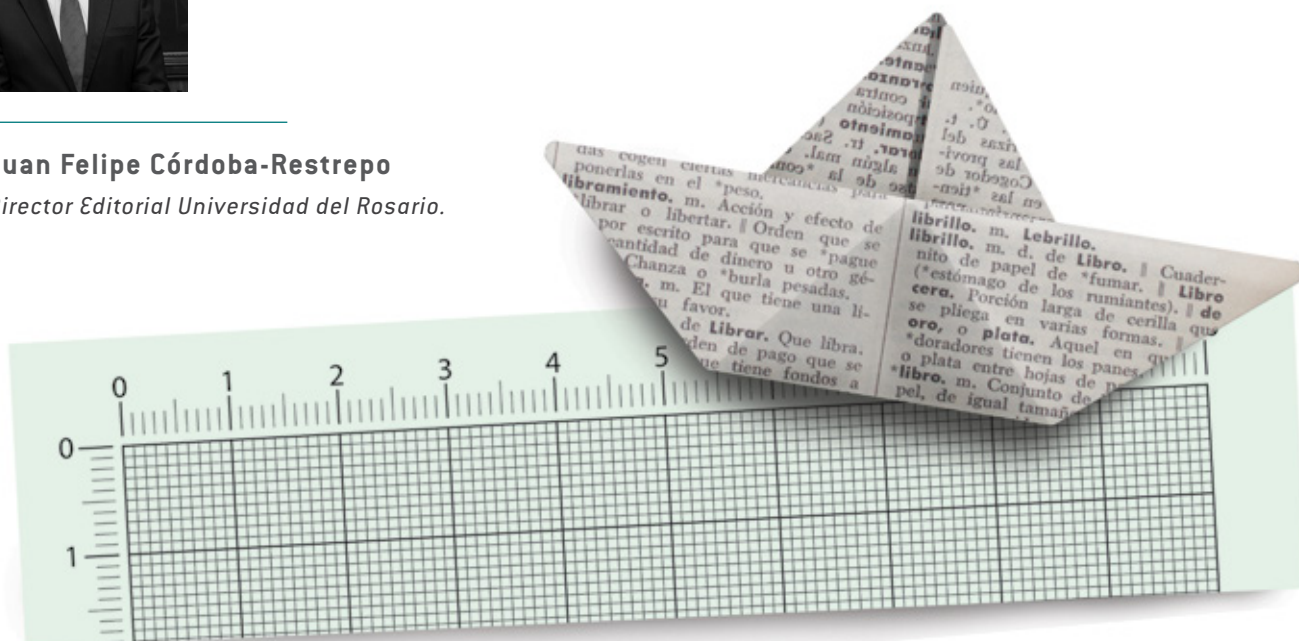
- Alonso-Arévalo, J., & Cordon-García, J. A. (2015). El libro como sistema: hacia un nuevo concepto de libro. *Cuadernos de Documentación Multimedia*, 26. Recuperado de <http://revistas.ucm.es/index.php/CDMU/article/view/50628>
- Carlino, P. (2013). Alfabetización académica 10 años después. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 18(57), 355-381.
- Cassany, D. (2008). *Prácticas letradas contemporáneas*. México: Ríos de Tinta.
- Area-Moreira, M. (2012). La alfabetización en la sociedad digital. En M. Area-Moreira, Gutiérrez-Martín, A., & Vidal-Fernández, F. (Coords). *Alfabetización digital y competencias informacionales* (pp. 5-40). Barcelona: Fundación Telefónica-Ariel.
- López-Ruiz, J. A. (2017). Cultura y ocio juveniles: jóvenes espectadores y actores en la diversidad actual. En J. M. González-Anleo & J. A. López-Ruiz, *Jóvenes españoles entre dos siglos 1984-2017* (pp. 167-233). Madrid: Fundación SM-Observatorio de la Juventud en Iberoamérica.
- Pérez-Lorido, M. (2008). Campus virtuales en universidades presenciales: ¿sueñan los estudiantes con profesores eléctricos? *Revista Latinoamericana de Tecnología Educativa*, 7(1), 85-95.

LECTURA: hacia un lector con intención*



Juan Felipe Córdoba-Restrepo

Director Editorial Universidad del Rosario.



* Extracto de la Ponencia presentada en el Coloquio Internacional de Lectura y Edición Universitaria, en el marco de la I Feria Internacional del Libro Universitario, FILUNI, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 24 de agosto de 2017. Varias partes de este texto, han sido usadas con anterioridad por el autor.

Los cambios en la historia han sido permanentes, pero vivimos momentos difíciles no solo en América Latina, sino en el mundo entero. La actual coyuntura nos obliga a reflexionar como académicos en el papel de la lectura, en el rol de la educación en cada una de nuestras instituciones.

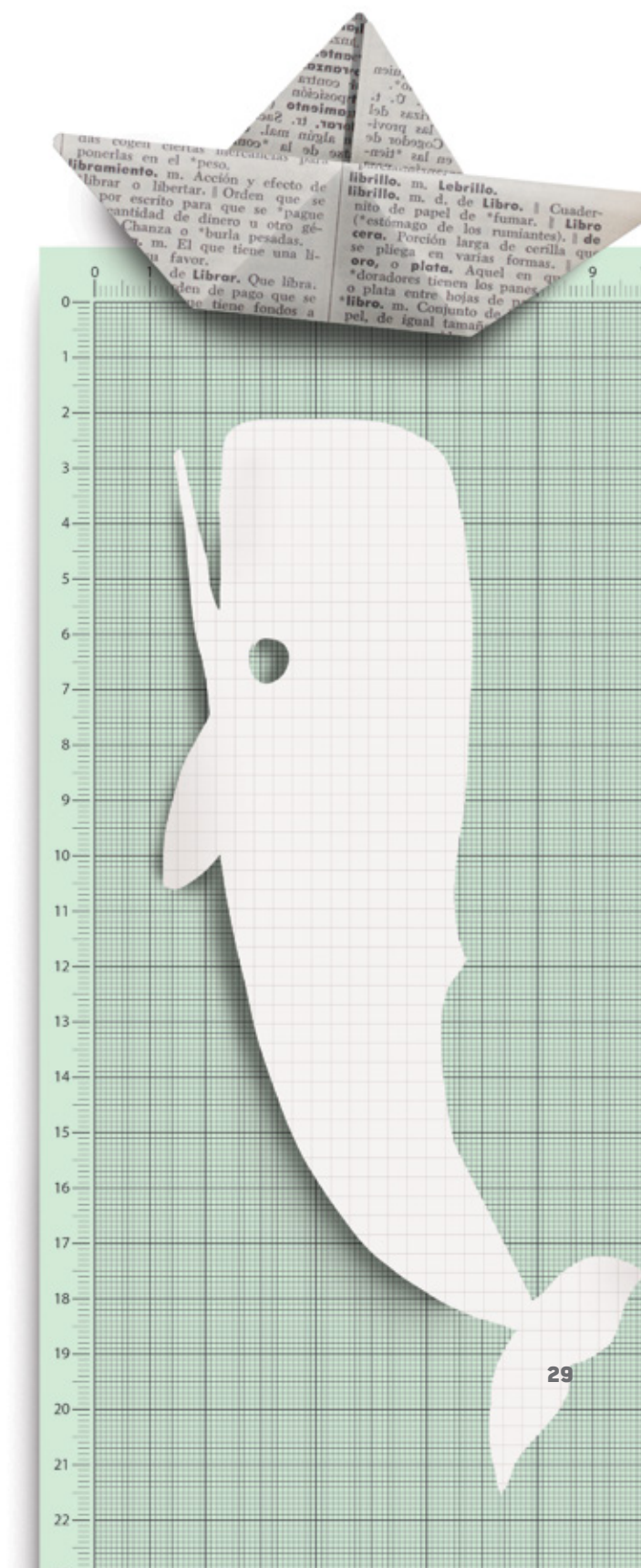
Es necesario que atendamos el llamado que nos hace la filósofa estadounidense Martha Nussbaum frente a la educación actual. Ella la considera en una crisis de tales proporciones, que puede estar en juego la democracia del mundo. La eliminación de las humanidades y las artes en toda la educación —primaria, secundaria, técnica y universitaria—, debido a una visión bastante corta de la clase dirigente, que las considera inútiles. Los dirigentes ven las humanidades como simples adornos sin ninguna utilidad; es decir, están eliminando del sistema educativo lo creativo, la imaginación y el pensamiento crítico, por querer implantar habilidades que ven como útiles y generan lucro (Nussbaum, 2016, pp. 1-2).

Nos dice el profesor Moisés Wasserman, que durante su proceso educativo hubo un curso en particular que le permitió ubicarse en el espacio, usar la lógica deductiva y resolver problemas complejos. Este recuerdo es especial porque el corazón de este curso fue la geometría euclidiana, un saber con más de 2300 años. Señala que el asunto no es de información presentada en nuevas versiones y nuevas técnicas, los cambios son tan vertiginosos que en cuestión de pocos años ya estas serán obsoletas. Para un futuro cercano Wasserman piensa que la educación tendrá estos componentes:

seguirá comunicándose, así que necesitarán idiomas. **El mundo físico seguirá compuesto de los mismos elementos y obedecerá a las mismas leyes; necesitarán química, física y biología.** Tanto para estas como para pensar con sana lógica, necesitarán matemáticas y filosofía. Tendrán que conocer el mundo en el que viven; por tanto, será conveniente que estudien geografía e historia. Espero también que aspiren a entender a sus semejantes, así que tendrán que estudiar literatura, música y artes (Wasserman, 2017).

Entendemos la lectura como un proceso complejo que involucra tanto los aspectos cognitivos y emocionales del individuo, como la relación con su contexto social y cultural. No existe una única definición de lectura ni una sola mirada. Estudiarla requiere el concurso de numerosas disciplinas para encontrar elementos que nos ayuden a su comprensión. Aquí tres posibles aproximaciones, por ejemplo: 1) la lectura como proceso cognitivo y experiencia estética; 2) la lectura como práctica social y cultural, y 3) la lectura como derecho de ciudadanía. Son solo tres, pero podríamos proponer muchas más (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2016).

Ahora bien, los desarrollos digitales tienden a confundir *acceso a contenidos* con *lectura*. Son dos cosas diferentes: no es lo mismo dar clic que



pensar, reflexionar y decantar. Un libro al alcance de un clic, representado con una imagen, equivale a un libro de papel sobre un escritorio, un libro que solo es observado, tocado, acariciado, quizás, pero no leído.

En la estructura dinámica de las instituciones de educación que tenemos, hay que reflexionar de forma permanente para enfrentar los retos que las diferentes tendencias y tensiones nos proponen día a día: nuevas pedagogías, nuevas formas de leer, argumentar y analizar, cómo construir ciencia, cómo beneficiar a la sociedad... Y en este marco, el uso de las tecnologías de la información y la comunicación como herramienta, pues, como lo señala Emilia Ferreiro (2015) sobre el computador, este es una tecnología de escritura y puede tener ventajas que hay que aprovechar en el aula.

La forma como nombramos a la generación que tiene una relación permanente con los dispositivos electrónicos, “nativos digitales”, señala uno de los síntomas de cómo nos relacionamos con las lecturas; es una necesidad para diferenciarlos de otros nativos, estos últimos sin nombre alguno, que tal vez podríamos llamar “nativos de papel” o, como dijo María Osorio, de Babel Libros², en alguna conversación sobre el particular, “nativos-nativos”. Lo adecuado sería no tener que nombrarlos de una forma u otra, es como si al hacerlos señaláramos que unos son mejores que otros; lo importante sería que, independientemente de los desarrollos tecnológicos, los lectores fueran lectores.

Es innegable una pérdida de enfoque en las diferentes políticas culturales para el aprendizaje, desarrollo y posterior afianzamiento del lector. Existe la falsa creencia de que al entregar o recomendar textos, algunas veces más como obligación, estamos consolidando un lector permanente. Nada más lejano de los resultados finales; al contrario, hay un lector desatendido, al cual debemos acompañar, al que debemos motivar.

Susana Pironio (2015) propone:

Los libros son herramientas culturales que contribuyen a la construcción del conocimiento y a la formación de ciudadanos responsables. Pero si el libro, cualquiera sea, es considerado portador de verdades incuestionables que deben ser absorbidas por los lectores, sofocando la tensión irreductible entre

el instrumento y el agente, perderá su posibilidad educativa y formadora de la conciencia democrática. Solo será eficaz si se lo emplea para que, a partir del texto que se le ofrece, cada lector reconstruya conscientemente su pensamiento y su experiencia y los pensamientos y las experiencias de los demás sobre el contenido en cuestión.

Para alcanzar esta propuesta, es necesario desarrollar y formular un proyecto que apunte al desarrollo de programas de lectura en todos los estudiantes, lo cual tiene como meta garantizar una sociedad lectora, destreza entendida como bien cultural individual y, sobre todo, colectivo.

Se trata de avanzar hacia una lectura profunda y con análisis, y para ello es necesario propiciar nuevas pedagogías para animar y conseguir que los ciudadanos desarrollen competencias lectoras que les permitan constituirse en los miembros activos y participativos que requieren nuestras sociedades.

El concurso de los diferentes actores de las instituciones de educación superior para pensar un proyecto sobre la lectura, en este momento de la historia de la educación, es indispensable. El editor universitario, por ejemplo, debe pensar en ir más allá de editar y distribuir la producción de su editorial; debe dirigirse hacia la exploración y apertura de nuevos espacios y escenarios que propicien y permitan una interlocución dinámica del saber que produce su sello. Incluso, es necesario aventurarse y proponer a este tipo de editor como uno de los protagonistas, en su papel de emprendedor y mediador cultural que implica estar al frente de los nuevos retos que convoca la divulgación de los contenidos y los usos de estos (Vovelle, 1985, p. 166).

Scheffler (citado por Tomás Granados, 2014), lo explica así:

Lo peculiar en el oficio del editor es que este siente el impulso de crear intelectualmente, necesita ser productivo, pero le faltan órganos para dar forma inmediata a su voluntad. Por eso tiene que movilizar a otros —escritores, artistas, poetas— que poseen esos órganos. El editor es un ser con los más

2 Reconocida editorial de libros infantiles y juveniles en Colombia.

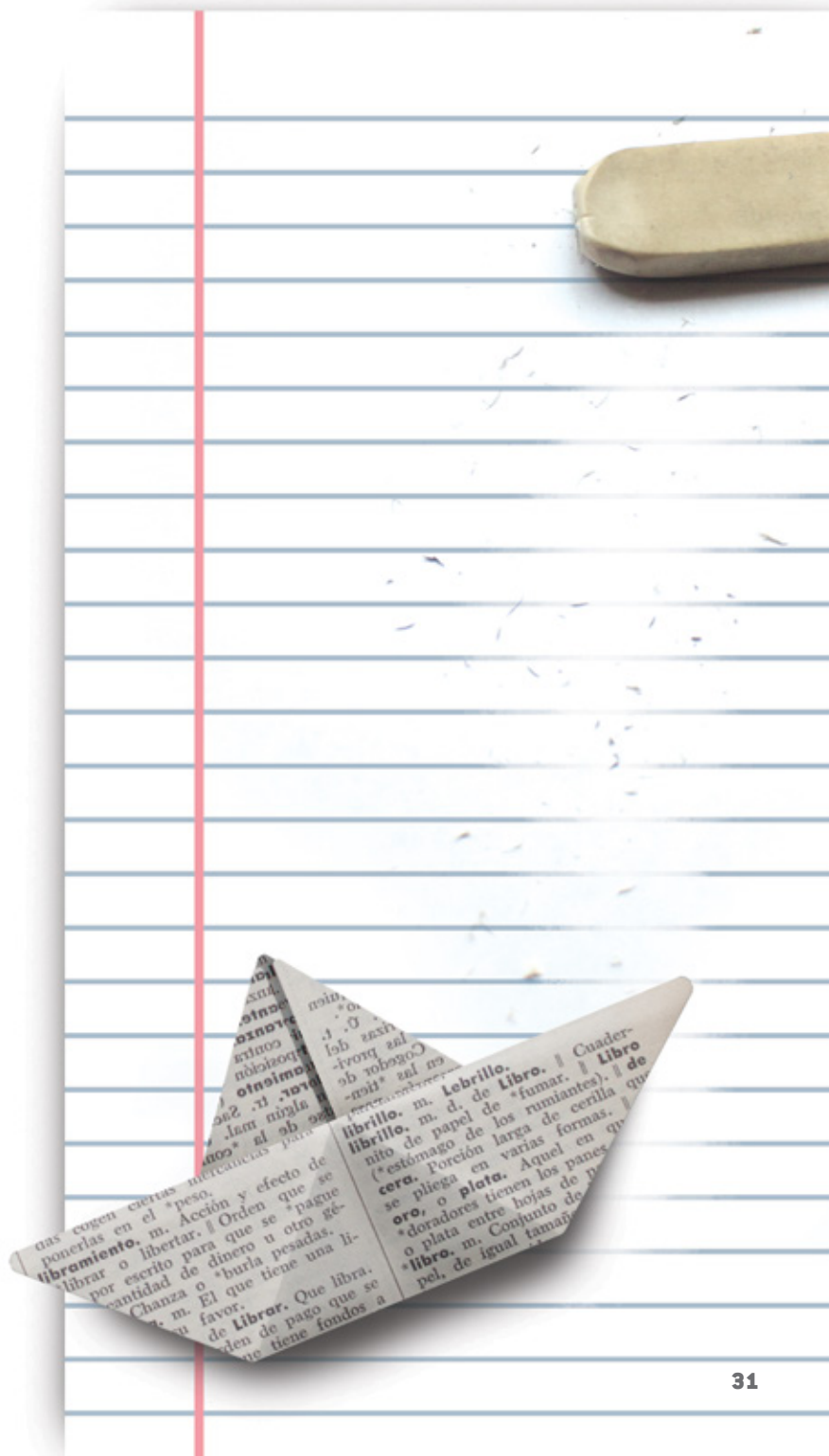
vivos intereses, con el impulso más intenso de expresarse, pero que solo puede hablar a través de otros, que personalmente es mudo, [...] para su oficio necesita, por un lado, capacidad de acción y, por otro, capacidad de renuncia. Su tarea consiste en sobreponerse a sí mismo trabajando para los demás (p. 20).

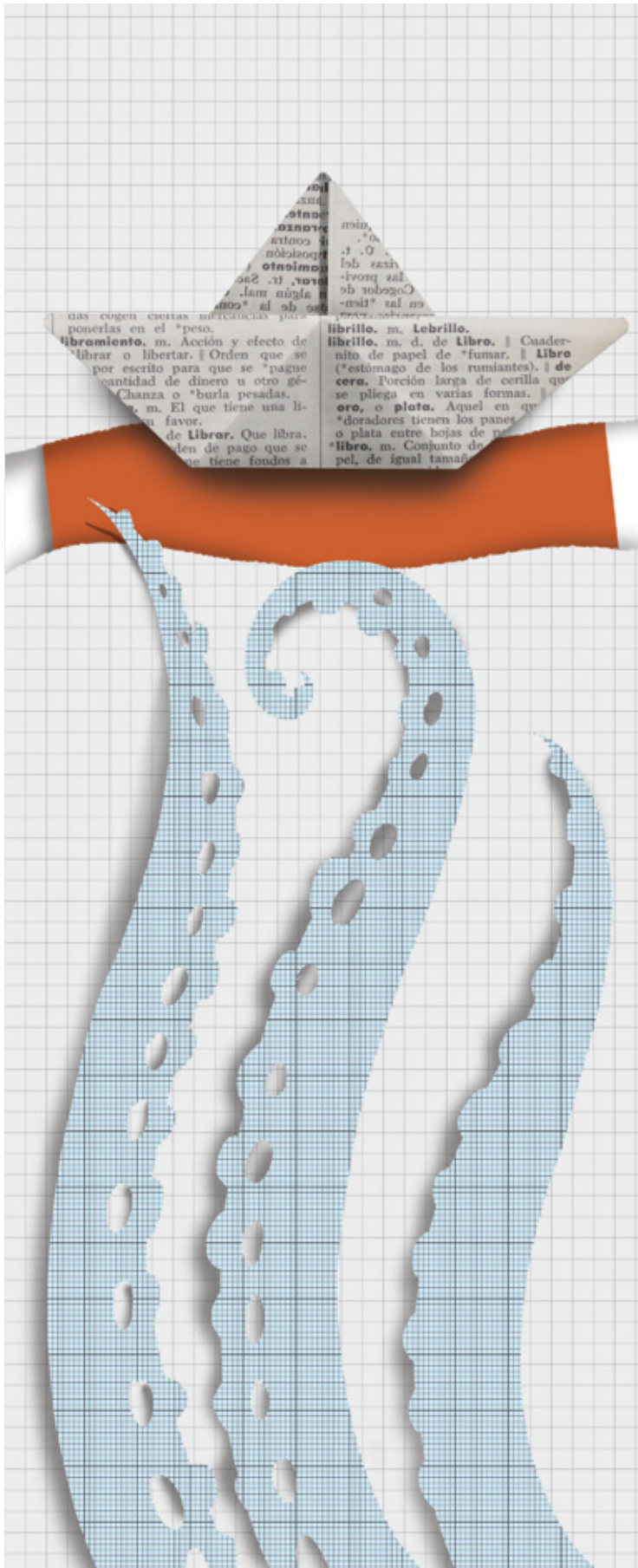
En este “por los demás” está el lector —al cual no menciona Scheffler—, motivo de ser de lo editorial, y es necesario añadirlo. Tal como lo señala Giulio Einaudi cuando define al verdadero editor como el sujeto que con su trabajo es capaz de introducir en la cultura nuevas tendencias en todas las áreas del saber: literatura, arte, ciencia.... Es aquel capaz de asumir riesgos para propiciar la discusión, aquel que para el avance del pensamiento busca la formación duradera (Argüelles, 2016).

Por su parte, las instituciones encargadas de velar por los lectores y por la lectura también deben reflexionar sobre la definición y las funciones de lo que esto implica, de tal forma que se constituyan en un agente académico y dinamizador de esta. Entre sus funciones debería estar promover la discusión, el debate y la comparación de contenidos. Pero, además, deben proponer caminos para que aquello que socializan alcance lo esperado de una forma dinámica y eficiente.

La búsqueda apunta a contribuir a la construcción de mejores sociedades, y la lectura es una de las posibilidades con las que contamos. Es necesario entender la lectura no como un agente instrumental y pasivo, sino como una posibilidad para crear tendencias ideológicas y debates.

El discurso escrito constituye parte del acervo de la humanidad y permite contar con información sobre géneros textuales, pero hay que avanzar en las formas de leer, pues estas configuraciones son las que permitirían darle valor agregado al objeto libro y al uso que de este hacemos. Es aquí donde la educación de calidad es crucial. Garantizar este ejercicio nos podría llevar a contar con una generación de jóvenes que puedan sentir una genuina compasión por los demás, por el otro, de tal forma que puedan verlo como sujeto de derechos, derechos iguales a los suyos, y en este marco de referencia el derecho a la lectura adquiere toda su vigencia (Nussbaum, 2016, p. 7).





Desde la educación y mediante una lectura con intención, debemos apostar por la consolidación de una ciudadanía democrática, para lo cual es necesario que el proyecto esté soportado en tres valores esenciales:

1. La capacidad socrática de la autocrítica y el pensamiento. La democracia necesita ciudadanos que puedan pensar por sí mismos, que puedan razonar.
2. Entender que hacemos parte del mundo, y que este es a su vez diverso, heterogéneo y complejo. Para entender esto es necesario saber humanidades, en particular historia, con el fin de entender los diversos grupos humanos. Dice Nussbaum (2016): “El conocimiento no es garantía de buen comportamiento, pero la ignorancia es una garantía virtual del mal comportamiento” (pp. 8-10).
3. La imaginación narrativa, reconocer al otro, darle su lugar.

Pensar la lectura

Para establecer una relación dinámica y activa de la lectura es importante sumarse a las diferentes investigaciones que desde la academia se vienen realizando alrededor de lecturas y lectores. Es posible encontrar estudios sobre el tema, pero no circulan con la suficiente eficiencia. Pensar en la lectura y sus lectores requiere, en cierta medida, la posibilidad de crear grupos de investigación y diferentes líneas temáticas de estudio, y a la vez es necesario desarrollar acciones para que los resultados puedan ser aprovechados por todos.

La lectura es un bien de la humanidad y como tal debe ser cuidada, pero sobre todo investigada para beneficio de todos.

Decía la novelista neoyorquina Edith Wharton, en 1903, que la difusión de conocimiento podría ser considerada uno de los progresos de la modernidad. Esta divulgación de saberes dio lugar a lo que ella denominó “el vicio de leer”. Este vicio, dice la autora, tiene a su vez dos tipos de lectores, división que puede servirnos para entender un poco nuestra forma de relacionarnos con los textos en la educación: el *lector mecánico*, aquel que hace la lectura por obligación, impuesta por otros, o tal vez por elección propia, pero no sería una lectura con intención —como dice Wharton, erudición no es cultura—, y el *lector nato*, cuya lectura es una acción refleja.

Leer no es una virtud; pero leer bien es un arte, un arte que solo el lector nato puede adquirir. El don de la lectura no es ninguna excepción a la regla de que todos los dones naturales necesitan cultivarse mediante la práctica y la disciplina; pero si la aptitud innata no existe, la formación será inútil. El error del lector mecánico es creer que las intenciones pueden sustituir la aptitud (Wharton, 2011, p. 25).

Estamos hablando de que todos los lectores deberían ser natos. El deber ser de una sociedad sería constituirse en garante de que todos sus asociados tengan acceso a lecturas de calidad. Adicionalmente, se requiere diseñar las respectivas estrategias para que la relación de los lectores con los textos propicie una actitud autónoma, crítica, de debate y de discusión. Los espacios para propiciarlo son varios, pero en particular considero que el aula es privilegiada; el asunto es que debemos ser capaces de innovar para que los lectores que tenemos hoy logren establecer un vínculo permanente con los textos. Con la lectura, la clave es innovar.

Esto implica estar a la vanguardia de las tendencias no solo tecnológicas, sino de los requerimientos de la comunidad para que lleguen al público objetivo determinado previamente. Es algo parecido a la distribución, pero va más allá: se debe llegar hasta el público que interactúa con nuestros textos por medio del análisis, el debate, la discusión; todo con miras a ampliar los horizontes del conocimiento y del pensamiento.

Son varias las estrategias que debemos implementar para alcanzar los objetivos propuestos. La primera, y tal vez la más sencilla, es el uso de las redes sociales y los medios de comunicación tradicionales. A modo de ejemplo, en la emisora radial de la Universidad del Rosario iniciamos en 2016 el programa *Las voces del libro*, y al respecto me comentaba el autor colombiano Ivar Da Coll que recomendaba pensar en un programa con destacadas figuras nacionales, en el que dos personajes hablaran de la lectura de algún libro y sus impresiones con el objetivo de motivar la lectura de otros. Este simple ejemplo nos lleva a pensar en los espacios de la lectura.

Pero para contar con mayores resultados es necesario fortalecer el trabajo en equipo entre todos los actores involucrados en la actividad de la lectura y en todos los ámbitos. Ellos deben mantener un diálogo abierto y permanente que contribuya a la generación de nuevo conocimiento y a que surjan redes del conocimiento sobre la lectura.

Es indispensable mejorar los canales de comunicación. La producción de conocimiento conduce a que se piense en favorecer una labor conjunta en todo sentido, como un trabajo mancomunado que pase por los investigadores, los autores, los estudiantes y los lectores, pero que también involucre a las instituciones en cada país. Lo anterior, encaminado y visto como una posibilidad —por lo demás afortunada—, para que salga a la luz la producción editorial. Todo esto con un amplio sentido de lo social para dinamizar el conocimiento en beneficio de todos.

Esto conduce a un desarrollo en el cual la interlocución, el debate y la comparación dejan de ser un tema marginal y se constituyen en los actores para el avance y consolidación de los saberes centrados en la producción de conocimiento y la coordinación de equipos interdisciplinarios.

Para finalizar... y para empezar

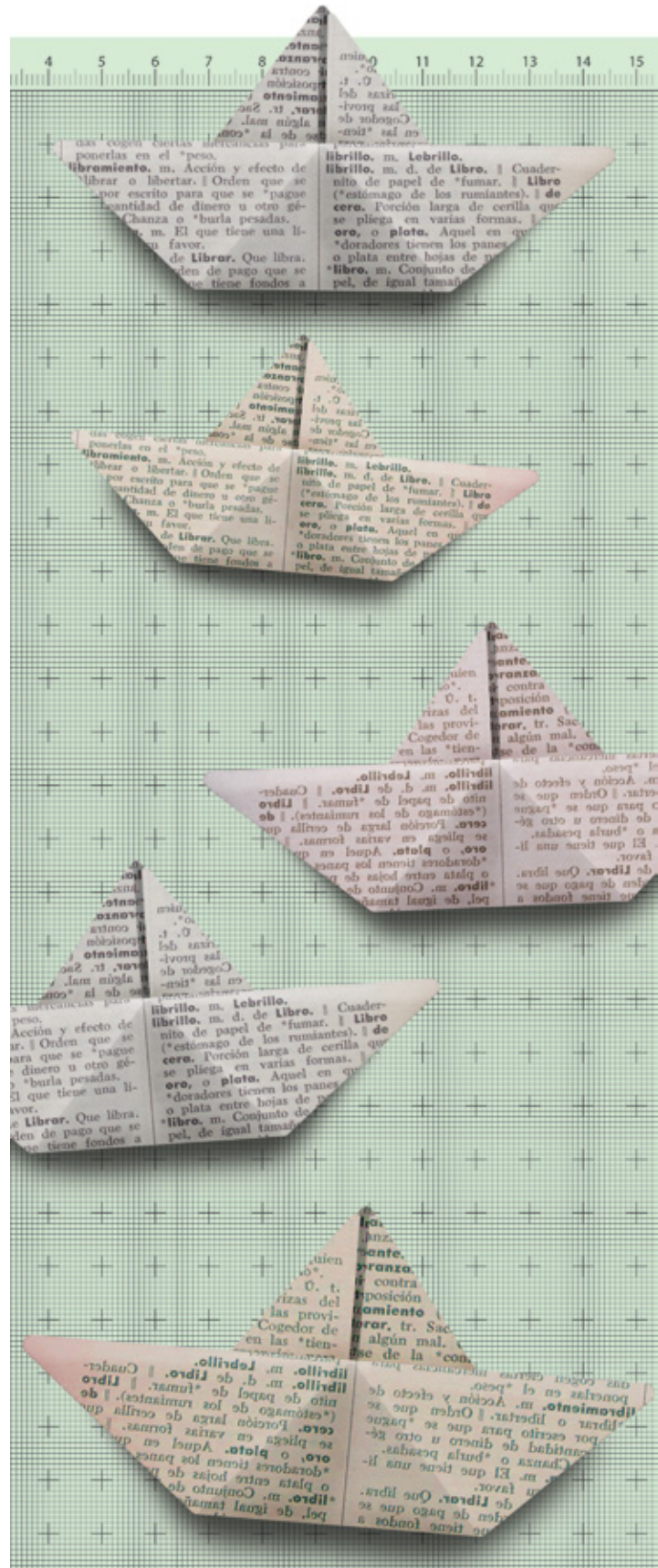
El compromiso apunta, entonces, a analizar con cuidado no solo los contenidos, pues hay que ir más allá, hay que preguntarse por el papel que se cumple en el proceso de conocimiento, en el aula, en todos los espacios donde la escritura y la lectura estén presentes y activos.

Los contenidos que producen las editoriales pueden estar publicados, pero eso no significa que cumplan el objetivo que animó su publicación: que sean usados, que hagan parte del conocer de un determinado grupo social. Introducir en el papel del editor una directa participación en lo pedagógico es oportuno y adecuado. Es una actividad que permite explorar nuevos escenarios para contribuir a la interlocución permanente entre todos los actores, con el fin socializar contenidos³.

3 En este sentido, la colaboración entre este proyecto y edi-red (http://www.cervantesvirtual.com/portales/editores_editoriales_iberamericanos/) es fundamental, pues como portal de Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI)-edi-red, pretende trazar el mapa de la edición literaria, dándonos una base para analizar los distintos proyectos editoriales en Iberoamérica.

34

- tendencia editorial UR - N.º 15



Recomendaciones para revisión de pruebas de un artículo

Una vez el artículo ha superado la fase de corrección y el autor ha hecho las recomendaciones, tanto de los pares evaluadores como del corrector y editor de la revista.

De tal forma que el artículo pueda “limpiarse” (quitar comentarios y marcas de la revisión) se continúa con la fase de diagramación, de acuerdo a la pauta con la que cuenta la revista.

Estas son algunas recomendaciones para que como autor sepan cómo y qué revisar.

1. Los textos se presentan tal cual han de aparecer en el impreso final teniendo en cuenta su posición en la página, alienación, márgenes y foliación.
2. Son enviadas para la corrección de los errores tipográficos, no para variar el contenido del artículo ni la relación de autores¹
3. El autor debe de hacer varias lecturas a la prueba, para que sea lo más completa posible, marcando los errores que encuentre, del tipo que sean.

4. Primera lectura.

- a. Resulta importante fijarse de comienzo y fin de cada párrafo, los títulos y subtítulos de cada sección, los

títulos de las tablas, las leyendas de las figuras, etc. Las tablas pueden leerse por filas o por columnas.

- b. Resistirse a la tentación de pulir el estilo en el último minuto. Recuerde que el artículo que ha pasado por los filtros previos es la versión conocida, no la nueva y sería necesario comenzar de nuevo el proceso. Existen excepciones de eliminación o modificación pero deben ser acordadas con la revista y no convertirlo en nuevo proyecto.

5. Segunda lectura.

- a. Se sugiere sea lenta y detallada, enfocada en el texto y no en su significado.
- b. Comprobar ortografía, nombres propios o técnicos.
- c. Es preciso examinar todas y cada una de las cifras.
- d. Comprobación cruzada.
 - i. ¿las citas dentro del texto corresponden a las referencias?
 - ii. ¿Están completos los datos de referencia?

Como se ha recalcado a lo largo de nuestros boletines, este es un trabajo de equipo y en conjunto de todos los que formamos parte del proceso y solo así se logra generar un producto de calidad que permita la visibilización de las investigaciones.

Edición y selección: Claudia Luque, Editora Publicaciones Periódicas.

¹ Huth EJ. Corrección de las pruebas de imprenta. En: Huth EJ, ed. Cómo escribir y publicar trabajos

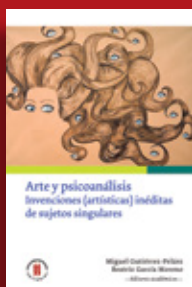
en ciencias de la salud. Barcelona: Masson-Salvat, 1992; 207-215.

Algunas novedades para esta Feria



Un largo camino. Universidad del Rosario, 365 años

Juan Sebastián Ariza
Martínez (Editor
académico); Laura
Alejandra Buenaventura
Gómez (Investigadora
gráfica)
DOI: [http://doi.
org/10.12804/
th9789587841442](http://doi.org/10.12804/th9789587841442)
Pág: 270
ISBN: 978-958-784-143-5
P.V.P.: \$ 100.000
ISBN-E: 978-958-784-
144-2
P.V.P.: \$ 34.000
Libro de lujo



Arte y psicoanálisis. Inventiones (artísticas) inéditas de sujetos singulares

Miguel Gutiérrez-Pélaez,
Beatriz García Moreno
(Editores académicos)
DOI: [http://doi.
org/10.12804/
th9789587841015](http://doi.org/10.12804/th9789587841015)
Pág: 204
ISBN: 978-958-784-100-8
P.V.P.: \$ 40.000
ISBN-E: 978-958-784-
101-5
P.V.P.: \$ 13.000
Escuela de Medicina y
Ciencias de la Salud



Edición académica y difusión.

Libro abierto en
Iberoamérica. Coedición
con la Editorial Comares

Elea Giménez Toledo, Juan
Felipe Córdoba Restrepo
(Editores)
DOI: [http://doi.
org/10.12804/
th9789587841671](http://doi.org/10.12804/th9789587841671)
Pág: 282
ISBN: 978-958-784-166-4
P.V.P.: \$ 50.000
ISBN-E: 978-958-784-
167-1
Acceso abierto
Escuela de Ciencias
Humanas



El mestizo evanescente: configuración de la diferencia en el Nuevo Reino de Granada

Joanne Rappaport
DOI: [http://doi.
org/10.12804/
th9789587841305](http://doi.org/10.12804/th9789587841305)
Pág: 350
ISBN: 978-958-784-129-9
P.V.P.: \$ 59.000
ISBN-E: 978-958-784-130-5
P.V.P. \$ 20.000
Escuela de Ciencias
Humanas



Genocidio silencioso. Desechos, químicos peligrosos y pesticidas prohibidos en Colombia y el mundo

Hamsa Cárdenas
DOI: [http://doi.
org/10.12804/
tj9789587840988](http://doi.org/10.12804/tj9789587840988)
Pág: 198
ISBN: 978-958-784-097-1
P.V.P.: \$ 40.000
ISBN-E: 978-958-784-
098-8
P.V.P.: \$ 14.000
Facultad de
Jurisprudencia



"A la lucha he venido". La campaña electoral de 1930 en Colombia

Julián David Romero Torres
DOI: [http://doi.
org/10.12804/
tp9789587841398](http://doi.org/10.12804/tp9789587841398)
Pág: 280
ISBN: 978-958-784-138-1
P.V.P.: \$ 59.000
ISBN-E: 978-958-784-
139-8
P.V.P.: \$ 20.000
Facultad de Ciencias
Políticas, Relaciones
Internacionales y Gobierno



Narrativas y experiencias interculturales.

Pedagogías y metodologías
alternativas

Ángela Pilar Santamaría
Chavarro, Pauline Ochoa
León, Yeshica Serrano Riobó,
Fallon Hernández Palacio,
Mónica Acosta García
DOI: [http://doi.org/10.12804/
tp9789587840926](http://doi.org/10.12804/tp9789587840926)
Pág: 232
ISBN: 978-958-784-091-9
P.V.P.: \$ 48.000
ISBN-E: 978-958-784-092-6
P.V.P.: \$ 16.000
Facultad de Ciencias
Políticas, Relaciones
Internacionales y Gobierno



La voz de las víctimas: reto para la academia ante el posconflicto

Beatriz Londoño Toro, Laly
Catalina Peralta González
(Editoras académicas)
DOI: [http://doi.org/10.12804/
tj9789587841152](http://doi.org/10.12804/tj9789587841152)
Pág: 326
ISBN: 978-958-784-114-5
P.V.P.: \$ 54.000
ISBN-E: 978-958-784-115-2
P.V.P.: \$ 18.000
Facultad de Jurisprudencia



Rupturas y transformaciones arquitectónicas.

Colegio Mayor de Nuestra
Señora del Rosario de
Bogotá, siglo xx

Fernando Paláu Rivas-
Sacconi, Jaime Restrepo
Zapata
DOI: [http://doi.
org/10.12804/
pc9789587841091](http://doi.org/10.12804/pc9789587841091)
Pág: 456
ISBN: 978-958-784-108-4
P.V.P.: \$ 150.000
ISBN-E: 978-958-784-
109-1
P.V.P.: \$ 50.000
Patrimonio Histórico